

Con la publicación de su excelente libro sobre la *Literatura Hispano-Americana*, M. Max Daireaux, ha dado una prueba al público francés de la importancia del movimiento literario en la América Latina y de la originalidad, que, personal en cada uno de los más grandes autores, colectiva en el conjunto, dicha literatura ha adquirido. A pesar de que separando arbitrariamente de su panorama la literatura de todos los países del Norte (México, Antillas, y Centro América), privaba su obra de las perspectivas más seductoras, él ha definido muy bien el carácter de esta originalidad, tal como los maestros hispanoamericanos la han preconizado, buscado y encontrado: «Yo no sé qué lirismo romántico, qué rudeza en el soplo, qué violencia en los sentimientos, qué nostalgia de pampa, qué tristeza.» Y éstas son cabalmente las características comunes a un Ventura García Calderón, a un José Eustasio Rivera, a un Ricardo Güiraldes, a un Roberto J. Payró, a un Blanco Fombona, a un Manuel Gálvez. Y es, igualmente, que refiriéndose a ellos, agrega: «Diríase que los escritores de la América Latina tienen siempre a los ojos la inmensidad del paisaje donde transcurre su juventud; que hay en sus corazones el sentimiento desgarrador de un paraíso perdido, el recuerdo de un misticismo abolido, el eco desesperado de la triste canción de los gauchos y de los incas. Graves o violentos ignoran la sonrisa y no saben de alegría, y la filosofía que se desprende de sus relatos, es una singular mezcla de resignación y de orgullo, un apetito de grandeza en una vida desencantada. La naturaleza inmensa, sin medida, absorbe sus sueños, la dulzura del indio atempera la fiereza solemne que les dejara España y la sorprendente confianza que ellos tienen en su destino, no es suficiente para apaciguar la inquietud que impregna toda su obra.»

Esta definición es la que conviene a los novelistas y poetas de la América del Sur, pero pierde un poco su justeza para ciertos escritores de México y de la América Central y, notablemente, para uno de los más personales entre ellos, Miguel Angel Asturias, cuyo aporte literario de una cualidad muy rara, va al fondo de las fuentes de la antigua civilización maya, de la cual él ensaya a redescubrir el alma y las creencias. Esto que Alfonso Reyes había ya intentado en su *Visión de Anáhuac*, es lo que Asturias acaba de realizar de una manera maravillosa en sus *Leyendas de Guatemala* (Ediciones Oriente, Madrid).

Hay que decir que en la América Central no hay pampas ni planicies interminables ni gauchos agitando el lazo, ni ese viento impetuoso que da vida a un lirismo fogoso, el pampero. Allí se ven selvas lujuriosas, embrujadoras y prodigiosas, llenas de magia, de misterio,

Letras hispanoamericanas

Miguel Angel Asturias

y sus Leyendas de Guatemala



recubriendo las antiguas ciudades mayas, cuyas ruinas suntuosas resurgen aquí y allá en tanto que poblaciones y tribus de las razas desaparecidas viven en lugares inexplorados guardando antiguas tradiciones y soñando extrañas leyendas. Y quien conoce a Miguel Angel Asturias y su larga cara de bronce, finamente cincelada, con ojos de almendra, no puede menos que pensar en seguida que es un príncipe de esa antigua raza maya, un descendiente de los caciques que se opusieron a la invasión de los hombres blancos, la cara cubierta de máscaras gesticulantes, el cuerpo de plumas verdes y rojas—los colores que representan la sangre animal y la sangre vegetal—y que vencidos refugióronse en el corazón de las selvas, atropellados sobre el recuerdo de su antiguo poderío, del día a la mañana desaparecido.

Esta obra que se esperaba de Miguel Angel Asturias, no podía preverse por lo que había publicado antes. Él daba a las revistas hispanoamericanas, las más avanzadas, poemas y cuentos que forzaban la atención por su estilo de una extraordinaria maestría, de una originalidad excepcional, de una originalidad muy moderna; pero que no tenían nada específicamente guatemalteco ni maya. De los cuentos que nosotros conocíamos de él, el más insólito era esa *La Barba Provisional*, en la cual véese a un hispanoamericano pasar la noche en una piscina en compañía de una chica que, como él, no tenía medios para pagarse un cuarto de hotel; y, después, creerse

obligado, por una frase oída en la calle, a dejarse crecer la barba para tomar la personalidad de un cierto Marcel Orfie, un inglés, con cuyo nombre sigue, por un cine hacia América.

Estos relatos fantásticos, superrealistas y de una fantasía plena de humor, eran la contrabalanza de poesías luminosas y duras como el diamante, de las cuales para dar una idea traducimos este retrato de un dibujo muy sutil:

Retrato

Habla los ojos oscuros, de vino
la boca en la cara pálida, suave
el continente. Pensémosla: Un fino
coloquio de viento, de nube y de ave.

Reña con risa porosa, ligera...
Las Tres Gracias en ella eran una, tan ágil
vivía la vida de dentro hacia afuera.
Alma de agua dulce en cuerpo de ánfora frágil.

Alondra, colina, pinar, dentellada
de río que cae sonando los cascos
en el panorama donde está sentada.

Su cabello antoja los birretes vascos,
cáhamo su cuerpo... Fragmentada era
de llenar con ella una azucarera.

Pero lo que este poema tenía todavía de duro, y que la traducción exagera, porque es impotente para dar la poesía de los vocablos y el ritmo de los versos, desapareció totalmente en una misteriosa *plaque* que publicó no ha mucho *Rayito de Estrella*, que nos trae algo totalmente nuevo y muy precioso tanto por la forma como por *l'esprit*. Miguel Angel Asturias muestra aquí la fantasía más etérea, la poesía más sutil y aeriforme que haya. Es una especie de visión con tres personajes y algunas briznas de diálogo, y la descripción de los personajes y la acción. Una vieja mujer al sol, delante de una puerta, se transforma en una pecera, en la pecera nadan peces y en nadando forman una mujer blanca y linda, *Rayito de Estrella*. Don Yugo, para amarla y acercarse a ella, se convierte en cangrejo y logra vencer la hostilidad de Torogil; pero cuando llega a *Rayito de Estrella* se da cuenta que no existe, que es solamente una visión de peces que brillan al sol persiguiéndose, persiguiéndose...

Lo que es extraordinario en esta pequeña fantasía es la luminosidad de estilo en el cual está escrita, su transparencia imaginista, y esa vena de maravilla que anuncia ya *Leyendas de Guatemala*.

En este último libro, el autor lo dedica a su madre que le contaba cuentos, se encuentra también la maravilla de que hablamos antes, en la cual la infancia impregna todo lo que la imaginación ha captado. Los libros que más nos hacen soñar son los libros donde se mezclan las visiones de infancia idealizadas por el recuerdo y las leyendas del pasado, tesoro poético de los pueblos. La *Tatuana*, el *Sombrerón*, el *Cadejo*, pasan con el soplo del viento que estremece los árboles; todos los espíritus misteriosos, los *croquemitaines* con los cuales se hace miedo a los niños pasan